

no para evitar la ruina que desde luego fué irremediable.

Envuelto todo en voraces llamas, quedó reducido á cenizas cuanto contenía el edificio, y se creyó valer más que cuanto se quemó en la abrasada Troya. No pudieron las armas quijotinas deshacer este tuerto que les hizo el inconsiderado conserje: creció el dolor argamasillesco, habiéndose cundido haber sido vecinos de Montiel los incendiarios, sentidos de que se hubiesen sacado de su pueblo las armas de tan valiente patricio: no bastaron providencias políticas ni militares para contener á los de Argamasilla, que combatieron á los de Montiel, alegando que Don Quijote no era de aquella población, por cuya causa no debían parar allí sus armas, sino en la Argamasilla, donde era académico y tenía su alcuernia, como hijo de Antón Quijano, cuadrillero de la Santa Hermandad. Ultimamente, el juez á quien se encargó la pacificación de estos pueblos, fijó un cartel declaratorio que decía que el valeroso Don Quijote no tuvo patria, que sólo se supo había nacido en la Mancha, según lo cual, todos lo podían llamar su patricio; y que maese Nicolás entregase el yelmo, dándole la Argamasilla seis ducados por una vez, el cual se custodiase en las casas de ayuntamiento para memoria de las armas pertenecientes al famoso Don Quijote: en esto pararon armas tan lucientes y Academia tan brillante y respetable.

CAPÍTULO XII

En que se prosiguen los sucesos de Sancho, y se apunta la tentación en que el mal dimonio le tuvo á pique de caer; y lo que pasó entre el Cura y el barbero para salir del empeño en que les puso la mala tentación de Sancho.

Juro, dice Cide-Hamete, empezando este capítulo, que estoy por no creer lo que escribo; porque, ¿cómo he de creer que no contenta la fortuna con haber hecho consultor á Sancho, lo asomase á la ventura de poder ser marqués, y luego por fines que se dirán, lo pasa al gremio de barones? Fortuna, fortuna ¡cómo te burlas de los mortales! haces bien pues puedes, y ninguno tiene arbitrio de caminar en este mundo miserable sin tu gusto.

Dice la historia, que á pocos días del recibo de la carta de Teresa, entró Sancho en el cuarto de la duquesa y le dijo: Señora, estoy como fuera de mí con lo que dice Teresa en su carta de que compre el marquesado de las Monjas, sin pararse esta mujer en si tendré ó no para comprarlo. Ahí es nada lo que las madres mías pedirán por él, y cómo he de juntar yo prestado lo que sea, porque aunque vuestra alteza me ayude con algo, siempre será mucho

lo que habrá que dar: ¿con qué la vestiré después, si lo que gano se me va en pagar á quien debo? Dejarla de vestir no puede ser, porque andar desnuda una marquesa es cosa muy fea, y parece mal. Dices bien, Sancho, dijo la duquesa; pero al fin reconoceré mis alzados, y puede ser que halle para prestaros algún dinero, que á bien que en casa nos quedamos, y tú me lo pagarás poco á poco calladamente, porque no es justo que se sepa ni el préstamo, ni haberlo comprado así; pero es menester saber primero lo que vale para hablar en ello: en cuanto á ropa no tengáis cuidado que yo tengo muchos vestidos desechados que están por repartir, y supliré enviando á Teresa y Sanchica los bastantes para presentarse como corresponde: cuando le escribas no le toques nada de esto, que yo en mi carta se lo diré, y si lo haces encárgale mucho el silencio, que importa más de lo que pensáis en este caso: mañana haré disponer un baúl con la ropa que les pueda servir, y le enviaré con Ginesico, que además de ser muchacho de mi confianza, sabe el camino y conoce á Teresa, por ser quien le llevó la sarta de corales, y demás que le remití en otra ocasión, con eso va seguro, y tú puedes escribirla lo que te parezca.

Quiso Sancho arrojarle al suelo para besar los pies á la duquesa; pero no lo consintió, antes le dijo: vete y escríbele, que yo voy á lo mismo antes que el duque venga del otro castillo á donde ha ido para disponer se me traigan algunas cosas con que adornar éste, y que venga doña Rodríguez que me hace bastante falta.

Quedó Sancho como pasmado, y con tanta humedad en los ojos, que hilo á hilo le caían las lágrimas, porque mejor que un pesar suele á veces provocarlas cierto interior regocijo, y el que él sentía era

grande, así por la generosidad de la duquesa, como por la llaneza y sencillez con que le hablaba en sus propios intereses y acrecentamientos. Al siguiente día se dispuso el baúl con las ropas, y la duquesa, de su propio puño, escribió la siguiente:

CARTA

Á TERESA PANZA

Amiga Teresa: Sancho me ha hecho leer vuestra carta, y en cumplimiento de ella envío esas ropas más que podrán bien servirnos y á Sanchica. En cuanto á marquesado se está trabajando con adelantamiento, pues hay quien preste el dinero, que no es poco; pero no sabemos cuánto es lo que las monjas piden por él, que es menester me lo digas prontamente: también es preciso decirle al señor Cura que haga sus oficios con el convento, para que lo den con equidad, y que diga cómo os habéis de llamar en marquesando, que eso es cosa que allá se ha de hacer, procurando que no se halle otro marqués del mismo título, y decidle de mi orden que haga dibujar vuestras armas de familia con expresión de campos y colores para hacer los reposteros y el escudo en mayor, que es regular que esto como hombre instruido podrá enviarlo según debe venir: nada más tengo que decirte; adiós Teresa.—Tu amiga La Duquesa.

Con dicha carta fué otra que escribió Sancho, y decía: *Doña Teresa mi esposa, salud, etc.: S. A. presta el dinero para el marquesado, pero punto en boca que conviene. A maese Nicolás que vea á las monjas al instante, que sé ha tenido un disgustillo como me has dicho, que no tenga cuidado que en habiendo salud todo es menos. Al señor Cura mis me-*

morias, también á Sanchica, y no puedo escribir más, porque el Bachiller ha salido, y un paje que me escribe no puede detenerse: en otra seré más largo. Dios te guarde, como le pide tu esposo.—El consultor, Sancho Panza.

Despachóse á el conductor con el baúl, su llave y la carta de la duquesa, á quien Sancho entregó la suya para que la pusiese en él, como lo hizo: encargósele el mayor cuidado, y que no se detuviese en la vuelta. Dice la historia que también se le previno lo que había de hablar, y que cuando llegó al pueblo estaba Teresa peinándose á la puerta de su casa con un desdentado peine de boj, y que Sanchica salía del gallinero trayendo en el halda siete ú ocho huevos, cuyo número fijo nunca pudo averiguarse, porque al oír las buenas nuevas de su padre se olvidó enteramente de sí, y levantando las manos para encrucijarlas, y decir como dijo, bendito sea Dios que tanto nos favorece dejándonos volver á ver este señor, se le cayeron al suelo: su madre quedó ni más ni menos absorta viendo el baúl y oyendo al gentil-hombre la traía carta de su señora la duquesa, y que cuando abrió el baúl pensó perder el juicio de contento, porque ya tomaba uno, ya probaba otro, y Sanchica quería para sí los más pintados. Avisó Teresa al cura la novedad y cartas que habían venido de Sancho para que las leyese; pero hay quien dice que Sanchica fué de voluntad propia, porque su madre en realidad estuvo muy cerca de perder el juicio á la vista de los vestidos, y no se acordó de las cartas. Llegó el Cura inmediatamente, y luego que vió las tales vestiduras, y leyó las cartas, al llegar á lo de marqués se paró, y limpiándose los ojos con ambos puños, porque hubo de creer soñaba, volvió á leerlas muy de

espacio, vió la firma de la duquesa, miró de arriba á bajo al conductor, volvió á leer la carta, se santiguó, arqueó las cejas, y se quedó confuso sin poder hablar en un rato.

El paje, que como se ha visto era desenfadado y advertido, vió la suya, y empezó á hacer su deber como se le había prevenido, señoreando á Sancho con Teresa, y cuando ésta hablaba de las ropas, decía, poquito me encargó su señoría el que no se mojasen, y aun don Sansón el caballero secretario de su señoría también me lo encargó eficazmente: es cierto que cuando su señoría tomó posesión fué una función que no se ha visto otra; pero ¡qué gordo se ha puesto su señoría en el poco tiempo que allí está! no hay quien le conozca, es un contento ver á su señoría: con esto el pobre Cura no obstante sus órdenes, estudios, y reverendas creyó y más creyó que la fortuna que hace sus picardigüelas, había hecho la de hacer señoría á Sancho Panza, y más se ratificó en ello, porque habiéndose llevado á el paje á su casa por la estrechez de la de Teresa, le contó la ceremonia y jura de la plaza, lo que el duque lo quería, y las bellas providencias que había dado en los pueblos del estado de donde acababa de llegar.

Maese Nicolás, sabiendo la venida de aquel gentilhombre, pasó á ver al Cura: y como oyó lo de los vestidos y las señorías, tuvo por cierta la tal consultoría de Sancho; pero cuando oyó de la mismísima boca del Cura la diligencia que había de hacerse con las monjas para la compra del marquesado, quedó extático, y recobrado un poco empezó á hacerse tantas cruces que el paje temió, y se le puso en la cabeza, que el tal que las hacía, cuyo barberil carácter no había llegado á su noticia, veía alguna

legión de espíritus infernales, y precipitadamente hubiera huído de la casa, si el Cura no lo hubiese detenido.

No se las tenía todas consigo el incrédulo barbero, y para que se cerciorase acompañado del Cura pasó á casa de Teresa, donde vió las ropas que aun se estaban esparcidas. No pesó la venida á aquella, porque deseaba hacer de ellas alguna prueba para que la viesen galana: allí fué la confusión del cónclave para atinar la verdadera aplicación de cada cosa: allí fué donde los entendimientos del señor Cura y del barbero se oprimieron como en un grande caso impensado y difícil de resolver: creció la confusión al llegar á los adornos capitales, cuyas raras elevaciones, caídas y formas las creían propias de otras gentes, y de otra marca más agigantada: todo era admiración, y nada se resolvía, hasta que por fin se determinó que todo ello se fuese alzando, mientras llegaba de la Corte una persona que se esperaba, la cual podría informar el uso de cada una de ellas, por haber estado en París.

Despedidos ambos de tan penosa operación sin sacar fruto, dice la historia que el Cura llamó á su casa al barbero, y estando en ella leyendo la carta de la duquesa á Teresa, le dijo: verdaderamente, maese Nicolás, que os llamo por quien sois, por vuestros estudios y por vuestra inteligencia en esto de encargos Romanos en lo que habéis hecho patente á todos vuestro entendimiento y discurso, para que reuniendo todo esto á un punto céntrico de resolver bien, me ayudéis á la mayor empresa que hasta de presente me ha ocurrido en mi ocupación parroquial, porque la carta de la duquesa que habéis oído, y el marquesado de Sancho me tienen fuera de sentido: decidme vos, maese, ampliamente para sosiego mío,

¿qué debo hacer en este formidable caso, de que no he visto ejemplar?

¿Qué sé yo de duques ni de condes, dijo el barbero, y mucho menos del marquesado de Sancho Panza, en quien no hay aquellas cosas que dicen debe haber para esta dignidad? pero sí las habrá siguió diciendo, porque á no haberlas, ¿cómo la duquesa había de querérselo comprar? Todo es confusión lo de este mundo, y es lo que puedo responder como hombre de bien.

No obstante, maese, dijo el Cura, vos mejor que yo podéis hablar sobre esto, que al fin habéis estado en la Corte cuando vuestro examen, y allí todo se habla y dice, y mucho más en vuestro ejercicio, en quien es indispensable la conducción de novedades y noticias de una á otra parte. Señor Cura, dijo el barbero, repásese la carta de la duquesa, y por partes iremos discuriendo: hizose así, y en vista de ello maese Nicolás habló al Cura de esta manera:

Tres son los encargos que se presentan en esta carta: el primero que se le dé título al tal marquesado; el segundo que se compre con conveniencia, y el tercero que se envíe un dibujo de las armas de Sancho: nada más hay, dijo el Cura; pues si nada hay más, digo, señor Cura, que es punto concluído, respondió el barbero.

¡Oh, maese mío, si eso fuese, qué feliz sería yo en este día! replicó el Cura, y maese Nicolás sin detenerse prosiguió: para dar título á un marquesado, no hay campo más ameno que unos almanaques donde los santos del cielo están dispuestos para que los elijan, sin que ninguno hasta de presente se haya sentido de ello: el segundo de que se dé con conveniencia, no es difícil conseguir, porque el vicario que las gobierna será visto y hablado por la tendera su

devota, y por su mano bajo de secreto se le ofrecerá algo que abulte poco, y valga mucho; y creo que se conseguirá, porque es un bendito: yo le visitaré, y haré conversación casual, y diré... Verdaderamente, reverendísimo padre vicario, que es una vergüenza lo que se habla en el pueblo sobre ese marquesado que tiene el convento; y aun hubo quien de él dijo: nada me espanta más, sino que teniendo esa santa comunidad un padre vicario tan docto como santo, permita que haya en los claustros religiosos de él, adonde se acogieron esas siervas del señor, huyendo del mundo y de la vanidad, una cosa tan profana como es un marquesado, cosa que debían desterrar de su santa comunidad, aunque lo diesen por paja á pagar por Agosto; el diablo que es sutil como él solo, ¿quién sabe cómo tentará á las pobrecitas almas de aquella casa con la ocasión marquesil, de que no está libre la mujer más recatada.

Esta arenga se esforzará por mí, como que la digo por su propio crédito en el pueblo, y me temo que ha de surtir efecto, y más si la tendera esfuerza también por su parte él que el padre incline á las monjas á la tal venta. En cuanto lo tercero las armas, los escudarios de ellas dirán al instante las que son, porque viven de eso, y es su oficio.

Respiré, amigo maese, respiré, y siempre creí, dijo el Cura, que me sacaríais de mi conflicto: tengo por amigo y por paisano uno muy conocido, y mañana, pues se va el correo, llevará carta para él: en esto se quedó, y al siguiente día escribió el Cura esta carta:

«Muy señor mío, mi amigo y paisano, salud y gracia, etc., los que estamos con estos cargos de curas »párrocos, no estamos libres de impertinencias de »unos y de otros: un amigo feligrés mío piensa en

»hacerse marqués porque le ha salido un marquesa-
»do de lance, que como tal lo darán barato: quisiera
»que me dijera vuesa merced qué título tomaría que
»fuese altisonante, y llenase la familia. También
»me ha de decir vuesa merced el origen y armas del
»apellido Panza que tiene este amigo, y todo cuanto
»sea de esta casa, porque hay que hacer escudos en
»grandes reposteros; y avíseme vuesa merced de
»todos los costos de la diligencia; porque, amigo, mi
»encargo no quita los derechos parroquiales corres-
»pondientes que enviaré al instante: vuesa merced
»perdone, y mande, como puede, á su afectísimo
»paisano, su amigo.—El Licenciado Peró Pérez.—
»Señor don Casimiro.»

Puesta la carta en la estafeta, habló el barbero al padre vicario, hízole fuerza el argumento que le puso: la tendera fué también hablada y persuadida, ofreció el sí del padre vicario, porque conocía la fuerza de sus palabras con él, respecto de su bondad; y á pocos días de todo esto llegó la respuesta de don Casimiro á nuestro Cura en los términos que verá el que leyere lo siguiente:



CAPÍTULO XIII

En que se sigue la materia del antecedente, y se da razón de la alcurnia Panzina, y de otras cosas tan inauditas como verdaderas que sucedieron hasta que Sancho fué creado barón.

CARTA

AL SEÑOR LICENCIADO PERO PÉREZ

«Mi estimado amigo, y más querido paisano: Recí-
»bí en los últimos del pasado la carta de vuesa mer-
»ced á que no he respondido hasta hacer la diligen-
»cia de su encargo; y hecha, me he alegrado de ha-
»ber hallado tanto bueno en la esclarecida casa de
»los señores Panzas, casa gallega, y una de las pri-
»meras familias: su fundador fué Ruger-Lanza, que
»hizo fuertes hazañas en la guerra contra mo-
»ros, tuvo portentosas fuerzas, como se evidencia
»de la acción que hizo reinando don Ramiro I, por
»los años de 843, porque encontrando un moro dis-
»frazado que venia de espía, lo asió del bigote para
»traerlo al Real del Rey; pero le tiró con tanta
»fuerza, que le arrancó con él la media cara, y el
»moro allí de ello cayó muerto á sus pies, y por

»esta hazaña le dió el Rey por armas unos bigotes
»en campo rojo, que es el cuartel en jefe del escu-
»do de estos señores: tuvo un hijo muy esforzado
»que se llamó Rui-Lanza de Bigotes; aunque hay
»autor que dice que el bigotes que usaba era por
»ser hijo de una señora francesa llamada madama
»de Bigot, y otros de bigotes, que es el célebre es-
»cudario Rolando. Rui-Lanza de Bigot tuvo por hijo
»á Garci-Lanza, menino el más querido de la señora
»reina doña Jimena, que hizo á esta casa muchos
»favores, aumentándole el escudo de armas con otros
»blasones, porque estando la reina un día sentada
»al sol con sus gallinas, en que tenía mucho gusto,
»porque eran moñonas según el mismo Rolando, las
»embistió un perro, y aunque la reina procuró es-
»pantarlo, no lo consiguió, antes sí le despedazó
»una, y le mordió en el guardairfante de que se so-
»bresaltó mucho: entonces el valiente menino, invo-
»cando el nombre de san Roque, y tomando un dar-
»do de los de la guardia, entró en fiera y desigual
»batalla con él, y lo mató: en el día de esta acción,
»dice el coronista que escribió este caso, cumplía
»Garci-Lanza diez años, la reina le pidió al rey le
»diese por trofeo del escudo tres gallinas y el dardo,
»porque parece que sólo eran tres las que embistió
»el perro. El rey se lo concedió, y su padre pidió
»fuese por dardo una lanza, por razón de su apelli-
»do, que así lo concedió: este escudo usaron, divi-
»diendo la lanza y los bigotes de las gallinas, mas
»después la misma reina consiguió del rey el aumen-
»to de cinco berenjenas con sus hojas en campo
»azul, porque el mismo Garci-Lanza siendo mayor
»de edad combatió á unos moros que las llevaban,
»los hizo huir y dejarlas, y se las presentó á la rei-
»na, cuya afición á ellas era grandísima, porque es-
»te fruto era recién venido del Africa.

»Cayó después esta casa en Sancho Lanza, hom-
»bre singular, de mucho vientre y estatura, que hizo
»muchas salidas contra moros, con tanta felicidad,
»que asegura el coronista Rolando que nunca fué
»herido, y reinaba entonces Don Ordoño II, por los
»años de 920; y un día que venía de una refriega con
»ellos llegó tan sofocado al Real del rey así de sus
»muchas carnes, vientre y peso de las armas, que
»casi no podía hablar al rey el encuentro que con
»ellos había tenido: el rey lo recibió gustoso, y co-
»nociendo la causa, le dijo: (porque debía de estar
»de buen humor) Sancho, tú no debías llamarte San-
»cho Lanza, sino Sancho Panza, habla, y dí. Enton-
»ces dijo: Señor así lo haré, hincóse de hinojos, y le
»besó la mano, recibiendo como en merced el apelli-
»do dado, por el que desde aquel día usó como sus
»descendientes, como apellido dado por merced, de
»que ha habido pocos ejemplares, según las histo-
»rias.

»Consta por los escritos y notas de don Sisando,
»autor bien conocido por de verdad y firmeza entre
»los escudarios antiguos y aun modernos, que Sán-
»chez, ó Sancho de Lanza de quien hemos hablado,
»casó con una señora de la casa de Gui de Borgoña,
»casa francesa de primer orden, y aun hay autor
»que lo cita uno de los doce pares, parece se llama-
»ba madama Papin de Urot, y tuvo por hijo á Lain
»Panza Papin de Urot, que fué comendador del or-
»den de la Estrella, aunque la misma orden no le
»da este apellido de madre, sino Papin Crout, pero
»se conoce ser yerro de pluma del coronista, y así
»lo anota Pierres Rolly en la segunda edición en que
»enmendó varios defectos de la primera, y también
»lo dice el mismo don Sisando en sus obras póstu-
»mas, y que estos señores Panzas vinieron y pobla-

»ron en la Mancha, aunque no señala en dónde; por
»lo cual es evidente que todos los que tengan este
»apellido en ella, son los dichos señores antes Lan-
»zas y después Panzas.

»Fueron los ilustres Panzas alcaides en el reino de
»Galicia del célebre castillo llamado el de la Coliña
»á la vista del mar, que duró hasta que fué destruído
»por los moros en tiempo del rey don Bermudo III,
»que después reedificó el rey don Sancho II, aumen-
»tándole más fortificaciones, que dió con el nombre
»de alcaide perpetuo á un hijo natural del conde
»Gatón, llamado don Berenguel como su padre, que
»fué hermano de doña Munia, hija legítima habida
»en doña Equilona su esposa, cuya hija parece casó
»después con don Béla el tartajoso.

»Esta alcaidía la confirmó después doña Urraca,
»y dicha confirmación dice que dicho castillo había
»sido de Díaz Lanza, y nunca había salido de las
»personas del mayor lustre. En cuyo contenido no
»hay que dudar, porque don Sisando y sus obras, y
»aun las póstumas, siempre han sido apreciables,
»tenidas por seguras y por norte de los escudarios
»antiguos y modernos.

»He dicho á vuesa merced cuanto se puede decir
»en el asunto de la alcurnia, armas, blasones y cir-
»cunstancias de los señores Panzas; pero si vuesa
»merced ó ese caballero determinase que se haga
»certificación en forma, se hará una cosa de gusto,
»que vestiremos con mejor ropaje, porque acá gus-
»tamos de que la cosa vaya bien hecha, y á gusto de
»los interesados. En cuanto al coste de la diligencia
»sea lo que vuesa merced gustase, y acerca de los
»nombres de títulos para marquesear, vea vuesa
»merced esos cuatro que van en la esquelita, y son
»de buen gusto, que por ahora no tengo más: á cua-

»tro reales cada uno es lo corriente; pero vuesa
»merced es dueño, y me devolverá los tres sobrantes
»que servirán á otros; y en lo principal ya vé vuesa
»merced que no es instrumentó fehaciente la carta;
»pero tiene el trabajo que vuesa merced mismo co-
»nocerá ha sido grande, y me he llevado muy malas
»noches. Y por lo que hace al escudo es precio co-
»rriente, cada figura chica con grande son dos duca-
»dos, los *bigotes* quedan á voluntad de vuesa merced
»porque la tarifa no los pone, tal vez por dejarlos á
»voluntad de las partes, por ser blasón muy especial
»de que hay pocos puestos en armas: últimamente
»envie vuesa merced por todo ocho ducados cuando
»me remita la esquelita de los tres títulos sobrantes,
»y el aviso si se ha de hacer certificación con sellós,
»firmas, signos, etc., para que se vaya trabajando,
»y siempre mande vuesa merced á su muy afectísi-
»mo amigo y paisano. — *Casimiro.*»

Leyó el Cura la carta al barbero, que por casuali-
dad estaba ejerciendo su oficio con él, cuando llegó
el mozo del correo con ella, con tantas demostracio-
nes de gusto, y con tantas lágrimas de regocijo de
ver la oculta nobleza que tenía en su feligresía, que
aseguró el mismo barbero tuvo recelos le sobrevi-
niese algún accidente, porque humedeció los paños
con las lágrimas y estilación que á un mismo tiempo
le caía; y sin esperar á más, marchó con ella á casa
de Teresa; pero el barbero, como hombre político,
le pareció preciso el acompañarle hasta ella, como
lo hizo.

Oyó Teresa la carta, y así como al cura le sobre-
vinieron lágrimas, á Teresa le sobrevino una serie-
dad de tal modo, y una vanidad tan sin término, que
porque el barbero no le dió la señoría, lo puso para
pelar: sintió el Cura este envanecimiento de Teresa,

y aun hay quien afirma sintió más haberle dado la noticia, porque de ella resultó hacerse insufrible con todos, menos con él á quien dispensaba la señoría, y no se atrevía á decir cosa, aunque el cura la reprendiese su vanidad tan sin tiempo.

Maese Nicolás dijo al Cura en voz baja: Señor, la plaga ha enviado Dios á este pueblo con estas señorías, porque si esto hacen, y así se hincha uno siendo marqueses, ¿qué harán después? nos tratarán de villanos hartos de ajos, y aun si en eso queda no será poco. Callad, maese Nicolás, dijo el Cura, que Dios será servido no sea así; y dejemos á esta mujer, que creo ha de dar en la locura de nuestro don Quijote, aunque por diferente estilo, y despidiéndose de ella, dejó la carta, previniendo escribiese á Sancho por mano de la duquesa, y le enviase la misma carta de don Casimiro, para que la leyese y guardasen como oro en paño.

Salió el Cura con el barbero á la calle, y éste le dijo: en verdad, señor Cura, que si Dios quiere que este año me pinte bien el haza de trigo de la cañada, que todo lo he de gastar con ese don Casimiro, para que me diga quién soy, y mis armas, porque ¿qué sabemos si en adelante los muchachos saldrán algo de provecho? pueden aplicarse, y pasar á hombres de importancia, y es bueno sepan quién son: el oficio está cada día peor, hay uno de la facultad en cada esquica, y para morir de hambre mejor es no trabajar, y buscar oficio más descansado. Me interesaré muy gustoso en ello, dijo el Cura, porque quiero mucho á mi paisano, que es hombre de bien á todas luces, trata verdad, y servirá al señor maese, cuyos elevados pensamientos aprecio yo sobre las telas de mi corazón, y al decir esto aplicó la mano á la parte izquierda del pecho.

Consta por la historia, que Teresa escribió á Sancho por medio del monaguillo, cuya carta no sabemos qué decía, si sólo se sabe que dirigió original la de don Casimiro dentro de ella; y que también escribió á la duquesa, bajo de cuya cubierta iban todas; pero no consta si las llevó el paje que condujo las ropas, ni qué se hizo éste en el tiempo que medió, ó si fueron por la estafeta; pero sí que las leyó el duque, y que aunque sabía que lo del marquesado era sólo entretenimiento, no obstante, por causas que se dejan discurrir, resolvió que el tal marquesado no pasase adelante, y llamando á su cuarto á Sancho á quien ya le habían leído las cartas, le dijo en tono serio estas palabras: Sancho, Sancho, ¿qué es esto de marqués que esta carta dice? ¿de dónde, ó cómo ha de venirte el dinero para pagarlo? ¿Es cosa de pedirlo prestado sin tener de dónde satisfacerlo, y esto de buscarlo á título del oficio que tenéis, que es sino haceros esclavo de quien os lo dió, y vender la justicia para adquirirlo? ¿Es esto lo que jurasteis en público de cumplir con vuestro cargo? ¿Qué seguridad podré yo tener de hombre que esto hace al público, y pierde la vergüenza? Y si esto ejecuta á vista del mundo todo, ¿qué hará en secreto? ¿Qué no habrá de regalos, colusiones y simonías? ¿Qué será verse torcer la recta administración de justicia, pues ninguno da porque se haga lo justo, sino porque no se haga? Yo, Sancho, te he traído á mi casa para aquello y no para esto, y mucho menos te he traído para que haciéndote marqués te hinches de vanidad, oprimas y estafes á mis vasallos, faltando á la obligación que tanto te encargué para seguridad de mi conciencia: por no poder yo estar en todo te nombré mi consultor: si os consiento esas demasías, nos llevará el diablo á ambos, á mí porque lo tolero, y á

vos porque lo hacéis: además, Sancho, no os conocéis, no os dará vergüenza, si os conocéis, que os miren y señalen las gentes, y á espaldas vuestras (si acaso no lo hacen á la cara) digan ahí va el marqués de tal, que ayer... vean vuestas mercedes á qué estado han llegado las dignidades: esto, Sancho, es más que cuerdo estar loco, y si lo estáis, como el caso lo manifiesta, ¿cómo os he de tener á mi lado? Hilo á hilo se le caían las lágrimas á Sancho, dice la historia, y aun estaba para llorar á moco tendido, creyéndose ya reducido á su primer estado, según la indignación y severidad que mostraba el duque; viendo lo cual éste, y pareciéndole templar un poco el hipo de Sancho, prosiguió diciendo: Yo, Sancho, no entro en eso del marquesado; pues los marqueses tendrían queja de mí porque lo consiento, y con justísima causa; fuera de que para tener la señoría que tanto desea Teresa, según estoy informado, hay otros medios y títulos, como el de barón de tal, ó caballero de cual, y no es tan reparable, porque caballero lo es cualquiera que hace buenas obras, y se porta como tal, y barón es el que en su casa es el primero de su familia por línea de varón: en fin, marqués, no hay que pensar en eso, y si lo pensáis, os iréis de mi casa, porque no quiero en ella quien tan vana y locamente piensa. Señor, dijo Sancho, haciendo pucheros, como otros tan desnudos y porros como yo... Ninguna disculpa quiero oiros, Sancho; esto se ha de hacer, por vida de la duquesa.

Al pronunciar el duque esta palabra entró la duquesa que sabía el caso; pero lo disimuló, y tomando de su cuenta á Sancho que lloraba como un niño, dijo: duque, nunca quiso Sancho otra cosa que la que vos dispusieseis; si no es vuestro gusto, y queréis que la señoría que intenta dársele por autorizar-

le la persona de para poco que tiene, sea cambiada, y permutada en baronía: Yo en nombre de Sancho lo admito, y os doy las gracias, y en esto ningún marqués tendrá que decir; y así perdoné V. A. á Sancho, que yo lo suplico, y el pobrecito no supo lo que se marqueseó.

Pues vos, señora, lo queréis así, Sancho es perdonado, y será barón, ó ha de trastornarse todo el orden de naturaleza, dándome Dios vida; que para esto no se necesita dinero, y si alguno fuere necesario lo daré gustoso; y entonces la duquesa tomando á Sancho de la mano, que aun lanzaba unos tristísimos suspiros, le dijo: Sancho, besad la mano al duque vuestro señor, que ya sois barón, aunque no declarado ni publicado; pero se escribirán cartas convocatorias á unos barones extranjeros que han venido á tomar aguas, y son visitas de casa, los cuales convidarán á otros, y os baronizarán, corriendo el gasto de mi cuenta, que lo mismo os han de estimar siendo barón de Casa-Panza, que marqués de la Insula Barataria, porque las acciones dan la estimación á las gentes, y no los títulos.

Así es, alta y soberana señora mía, dijo Sancho, porque aunque la mona se vista de seda mona se queda: oyendo lo cual el duque se salió del cuarto, dejando á la duquesa con Sancho, que no acertaba con las palabras de puro agradecido, y maldecía, y daba al diablo á Teresa por su acuerdo de marquearse tan sin tiempo. La duquesa lo volvió á consolar, diciéndole, que Teresa, como no impuesta en las precisiones marquesiles, creyó que el ser marqués era cosa de poco más á menos; pero que pues ya había abjurado de la marquesía, era mejor olvidarlo, que hablar sobre ello.